

III Reg. 21.  
Marc. 6.

otra vez la fe de Cristo y sacarlos de su antigua idolatría, y á esta causa se determinaron á lo matar, y fueron en su seguimiento. Algunos dicen que una india fué la que los incitó y indignó contra el siervo de Dios (como otra Jezabel al rey Achab contra el inocente Naboth, y como Herodías al rey Herodes contra S. Juan Baptista), diciéndoles que no serian hombres si no matasen aquel fraile, que allí donde estaban los iba á vender y engañar. Como quiera que sea, los bárbaros siguieron á aquella mansa oveja con sus arcos y macanas, que son unos palos anchos de encina que les sirven de espadas ó porras. Como el santo mártir los vió venir de aquella manera, conoció que lo venian á matar, y púsose de rodillas dando gracias á Nuestro Señor por la merced que le hacia en que le matasen por su amor y por la confesion de su santa fe. Los bárbaros dispararon en él sus flechas, y asaeteado cayó en tierra, confesando el Nombre de Dios entre aquellos descreidos. Los cuales no contentos con lo hecho, con las macanas le quebraron los dientes y muelas en la boca, diciendo: «Ya no nos predicarás mas cosas del cielo, ni del infierno, ni hemos menester ni queremos tu doctrina.» Diéronle tambien macanazos en la cabeza, y aunque de muchas partes le corria sangre, viendo que aun no estaba del todo muerto, le acabaron de matar á pedradas. De suerte que este bienaventurado mártir padeció los tormentos de los gloriosos mártires S. Estéban, S. Sebastian, Santa Apolonia y Santo Tomás Arzobispo Cantuariense, á quien fué rajada la cabeza. Llevaba este santo religioso en su compañía cuatro indios cristianos de los que servian en la iglesia, dos niños que ayudaban á misa á los frailes, y dos otros mayores. De estos últimos, el uno, llamado Francisco, se escapó y llevó la nueva á Ezatlan de lo que habia sucedido. Los otros tres no quisieron huir, sino morir con su padre y maestro, con el cual se abrazaron llorando, viendo la crueldad con que lo trataban, y abrazados con él los mataron aquellos descreidos bárbaros, cuyas ánimas piadosamente podemos creer que el santo mártir las llevó consigo al cielo. Los de Ezatlan, haciendo cuenta que los bárbaros llevarian su cuerpo para comerlo ó ofrecerlo á sus ídolos (como solian hacer á otros, ó por ventura por ser los enemigos muchos), no fueron en su busca, hasta que al cabo de cinco dias se supo cómo los cuerpos de los muertos estaban todavía en el campo. Entonces fué por ellos un español, llamado el capitan Diego López de Zúñiga, con alguna gente que tenia, y halló el cuerpo del bendito Fr. Juan, fresco, sin corrupcion alguna, y la sangre tan fresca como si entonces lo aca-

baran de martirizar, y los cuerpos de los indios sus compañeros estaban comidos de adives ó lobos, ó de ciertas aves carniceras llamadas auras (de que hay gran multitud por esta tierra), que en habiendo cuerpo muerto en el campo, de muy lejos lo huelen y lo van á comer. Y así se tuvo por milagro que el cuerpo de este santo no estuviese comido, y juntamente con esto, que á cabo de cinco dias no tuviese alguna corrupcion ó mal olor, siendo tiempo de calores, porque fué muerto á diez de Junio del año de mil y quinientos y cuarenta y uno, primero dia de Pascua de Espíritu Santo. Llevado el santo cuerpo á Ezatlan, el sacerdote su compañero le vistió un hábito, porque el suyo llevaron los bárbaros para memoria de su bestial triunfo. Mas queriéndolo enterrar, los españoles que se hallaron presentes se lo quitaron á pedazos, viendo la fragancia que de sí echaba aquel santo cuerpo de tantos dias muerto. Fué enterrado con mucha devocion y solemnidad, y con voz de santo.

1541.

## CAPÍTULO II.

*De Fr. Antonio de Cuellar, guardian del monesterio de Ezatlan.*

EL guardian de esta casa de Ezatlan habia ido en esta sazón (como queda dicho) al capítulo que se celebraba en la ciudad de México, de donde partió, despedido el capítulo, por fin del mes de Mayo, y llegó á Ezatlan mediado Junio. Halló la tierra muy alborotada, y muchos pueblos alzados y puestos en armas, y los españoles que se habian ya encontrado con los indios infieles, y los indios con los españoles, en los cuales rencuentros habian muerto muchos indios de la una parte, y de la otra cerca de treinta españoles. Luego como Fr. Antonio llegó, comenzó á tratar paces entre los españoles y entre algunos de los pueblos que menos culpa tenian, y trajo muchos indios de paz y tornáronse á asentar y asegurar en sus poblaciones como de antes estaban, porque los españoles lo amaban mucho y no menos los indios, y él se daba tal maña (mediante la gracia de Dios), que todos lo tenian por padre. Y á esta causa habian rogado mucho á los preladados en el capítulo, que no lo mudasen á otra parte, mas que le mandasen volver á Ezatlan, porque tenia puesta muy buena orden en lo espiritual y tambien en lo temporal, y en todo le daba Dios gracia, y entonces mas particularmente convenia mucho su vuelta para pacificar la tierra, que tan alborotada estaba.

De Fr. Antonio  
de Cuellar.



Pues como él anduviese en aquellas obras de ángel de paz, procurándola entre todos, y augmentando amor y caridad, y destruyendo la discordia y guerra que los demonios sembraban, le llegó una obediencia de su provincial para que fuese á llevar un fraile á otro monesterio de un pueblo llamado Zapotlan, porque en su compañía iria consolado. Dejado, pues, el fraile en su monesterio, á la vuelta tornóse con algunos indios que lo acompañaban, por un pueblo llamado Ameca, que está cuatro leguas de Ezatlan. Este pueblo era uno de los que el siervo de Dios Fr. Antonio habia recogido y poblado en un buen asiento, trayendo allí los indios de los montes por donde estaban derramados como salvajes, para que juntos cerca de su iglesia, viviesen como hombres en policía y fuesen enseñados en la doctrina cristiana. Cuando entró en el pueblo, hallólo medio despoblado, que los mas de los indios andaban en el monte alzados de guerra. Llamados de parte de Fr. Antonio, luego como supieron que era venido y que los convidaba con la paz, acudieron muchos; mas otros no quisieron venir á su presencia, sino quedarse alzados y cerreros en compañía de los de otros pueblos que andaban de guerra. Asegurados y consolados los que de paz habian venido, un viérnes doce de Agosto, dia de la bienaventurada Santa Clara, ayuntado el pueblo predicóles, y dicho misa bautizó muchos niños, y despues de comer partióse para su monesterio. En medio del camino se hace una serranía áspera, donde un capitanejo de los alzados con otros indios llamados yagualuzos lo aguardaron. Y aunque el santo religioso (visto que venian con mal contento) los saludó mansamente, ellos le respondieron con fiera inhumanidad y crueles flechas, y tan sin piedad le tiraron, que entre otras con que le hirieron el cuerpo, le enclavaron tres por el rostro, y la una de ellas le entró por la boca y le salió por el colodrillo, y cayendo en tierra, le dieron muchas pedradas y palos en la boca y por todo el cuerpo, como si fuera algun cruel enemigo, habiéndoles sido verdadero y amoroso padre, y dejándolo de esta manera por muerto, se fueron aquellos apóstatas y parricidas. Los indios que acompañaban al santo mártir, escapándose, fueron con toda brevedad á dar aviso de lo que pasaba, unos á Ezatlan y otros á Ameca, de donde habia salido. Y estos llegaron mas presto por estar Ameca mas cerca, y halláronlo muy al cabo. Lleváronlo á su pueblo, y aplicándole aquella noche y el otro dia siguiente todas las medicinas y remedios que pudieron, vivió aquel dia, llamando y bendiciendo á Dios, y rogando por aquellos que (en la verdad)

fueron sus bienhechores. Luego otro dia, que fué domingo, de mañana, vigilia de la Asuncion de Nuestra Señora, dió su alma á su Criador. Cuando llegaron los frailes de Ezatlan con otros españoles y indios, ya el bendito padre era difuncto. Los del pueblo de Ameca quisieran mucho quedar con el cuerpo y enterrarlo allí, mas los frailes por ninguna via quisieron consentir en ello, sino llevarlo, como lo llevaron, á enterrar al monesterio de Ezatlan, juntamente con su compañero Fr. Juan Calero. El dia de la fiesta de la Madre de Dios fué sepultado, habiendo concurrido gran número de gente, llorando todos amargamente. Y fueron tantos los llantos y gemidos con que lo enterraron, que ni los frailes podian hacer el oficio, ni alguno se podia contener sin derramar muchas lágrimas, acordándose del buen padre que perdian. Y todos, grandes y pequeños, lo predicaban y aclamaban por mártir de Jesucristo. Uno de los españoles que presentes se hallaron á los enterramientos de Fr. Juan Calero y de su guardian Fr. Antonio de Cuellar, considerando las mercedes que Dios hace á sus siervos, no solamente en la vida, mas tambien en la muerte, honrándolos con corona de martirio, compungido de devocion y deseo de imitar á aquellos bienaventurados, determinó de tomar aquel hábito de los frailes menores. Y en cumplimiento del llamamiento que Dios en él hizo, fué luego á un convento de los de Michuacan (que entonces era custodia de esta provincia), y allí recibió el hábito del padre S. Francisco, para lego, y vive hoy dia en esta provincia del Santo Evangelio: llámase Fr. Miguel de Estibaliz, religioso que ha sido siempre de grande ejemplo y muy trabajador, no solo en su humilde oficio y estado de lego, mas tambien en la conversion de los infieles, por el buen espíritu y celo que el Señor le comunicó. Es aquí de notar una cosa que no debe vacar de misterio, y es el significado de este nombre, Ezatlan, que en lengua mexicana quiere decir «lugar de las aguas ó arroyos de sangre,» donde Nuestro Señor fué servido de comprobar con la verdad de la obra el significado del nombre del pueblo, escogiéndolo por lugar, no solo donde fuese derramada la primera sangre que le ofrecian sus mártires de esta nueva Iglesia, sino tambien por lugar donde se depositasen y guardasen los cuerpos de otros mártires, mas que en alguna otra parte de esta tierra, porque tambien están allí sepultados otros dos, sin los aquí nombrados, como adelante se verá. Tambien se debe advertir que Fr. Juan Calero tuvo tres sobrenombres (porque ninguno se equivoque con ellos pensando que son diferentes), el uno Calero, que era el proprio, y que en el



siglo tenia. Tambien se llamó Fr. Juan de Esperanza, y con razon, porque nunca perdió la que tuvo de morir por la confesion del Nombre y fe de nuestro Señor Jesucristo. Llamáronle otros Fr. Juan del Espíritu Santo, cuya gracia siempre moraba en su ánima, y tenia ordenado que acabase su vida con martirio en su santa festividad, que para él seria (sin dubda) verdadera Pascua, y dia del alegría de su corazon.

### CAPÍTULO III.

*De Fr. Juan de Padilla y Fr. Juan de la Cruz su compañero.*

Fr. Juan de Padilla.

No se ha descubierto tierra en toda esta Nueva España, que no hayan sido en ella los primeros maestros de doctrina, religiosos de la órden de los frailes menores, y la primera piedra del fundamento, el derramamiento de su sangre y glorioso martirio, que por amor de Cristo nuestro Señor padecieron, con santo celo de servirle y agradarle en la conversion de los infieles, en tierras incógnitas, ocultas y remotas. Uno de los dignos de perpetuo nombre y memoria en este género de virtud, fué el varon de Dios Fr. Juan de Padilla, de la provincia del Andalucía, el cual vino á esta Nueva España con celo de la conversion de los naturales de ella, y en esta provincia del Santo Evangelio fué el primer guardian del convento de Tulancingo. Mas viendo que por esta comarca de México, ya por la gracia de Dios, todos los indios sin alguna resistencia habian recibido la fe de nuestro Salvador Jesucristo, con el ferviente deseo que tenia de la conversion de todos los infieles, se transfirió á la custodia de Michoacan y Jalisco (que son fronteras de los chichimecos y indios bárbaros, que entonces todavía eran infieles), donde siendo guardian de Zapotlan pasó al descubrimiento de Cibola, seiscientas leguas la tierra adentro hácia el norte, en compañía de su prelado superior, que era el provincial de esta provincia del Santo Evangelio, Fr. Márcos de Niza, cuando el virey D. Antonio de Mendoza envió un ejército de soldados á conquistar aquella tierra, y por capitan general á Francisco Vazquez Coronado, hombre de ilustre sangre y de mucha cristiandad, de quien los religiosos recibieron toda caridad y buen tratamiento. Los religiosos eran cinco, y entre ellos, despues del provincial, los mas conocidos Fr. Juan de Padilla y Fr. Juan de la Cruz. En particular Fr. Juan de Padilla estorbaba á los soldados muchos agravios y ofensas de Dios, que

(como gente libertada y licenciada) suelen cometer á doquiera que llegan, y en la conversion y doctrina de los infieles que hallaba por el camino se ocupaba lo que la brevedad del tiempo le daba lugar. Acabado aquel prolijo y penoso viaje, en que tardaron mas de dos años, viendo los españoles que no habia por todo aquello minas de oro ni de plata (por ser tierra de muy extendidos llanos, desembarazadas de sierras, y sin puertos de mar para la contratacion), se volvieron á México, y los tres religiosos con ellos. Solos los dos siervos de Dios Fr. Juan de Padilla y Fr. Juan de la Cruz, firmes y constantes en su buen propósito, con ánimo varonil se quedaron y permanecieron con su intento en la conversion de aquellos infieles, en un pueblo llamado Tiguex, y con ellos quedó un Andrés del Campo, portugues, y dos indios donados de Michoacan. Estuvieron estos religiosos en aquel pueblo algunos dias bienquistos y muy aceptos. Y como á Fr. Juan de Padilla no se le quietase el espíritu, con el celo y deseo que traia consigo de hallar mas indios para traerlos al conocimiento y fe de Cristo, ó por ventura de hallar lo que alcanzó, de morir por su divino amor y servicio, inquirió si habia mas gente la tierra adentro. Respondiéronle los de aquel pueblo que sí, que andaria algunos dias por pueblos de poca gente, mas pasada aquella, caminaria tres lunas (que son tres meses de camino) por muy buena tierra y muy poblada de gente. Holgó mucho el varon santo de oir esto, y queriéndolo ver por sus propios ojos, se partió de allí con la compañía del portugues y donados, contra la voluntad de los indios de aquel pueblo, que mucho lo amaban. Quedó Fr. Juan de la Cruz solo, en confianza de la gran voluntad que les mostraban, para enseñarles en las cosas de nuestra santa fe y religion cristiana. El santo varon Fr. Juan de Padilla apenas ovo salido de la comarca de aquellos indios que le hacian amistad, cuando halló los enemigos que le habian de dar la muerte. Y serian los contrarios de los otros, que por haber recibido pacíficamente á los siervos de Dios y tomáolos por padres espirituales y maestros de la fe que les predicaban, la enemistad que tenian con los discípulos la quisieron mostrar en el maestro. El cual como vió venir para sí aquellos bárbaros en órden de guerra con sus arcos y flechas, no queriendo que los compañeros peligrasen, rogó al portugues que (pues llevaba caballo) huyese de aquellos crueles matadores y salvase consigo á los donados, que por ser indios ligeros le podrian seguir y escaparse, mientras aquellas bestias carniceras se ocupaban con su persona, á quien principalmente venian á buscar, y así se hizo. El



siervo de Dios se hincó de rodillas, y puesto en oracion aguardó la furia de los bárbaros, que ya venian cerca, encomendando su ánima á aquel Señor por cuyo amor y fe la ponía. Los crueles carniceros en un punto lo cargaron de flechas, y de esta manera murió asaeteado este bienaventurado. Los donados, viéndose desamparados de su buen padre y caudillo, determinaron de volverse á su patria, Michoacan, donde nacieron. Y porque la manera de su vuelta fué maravillosa, y ellos muy virtuosos, haré de ellos segunda vez mencion en este lugar. Porque puesto que la hice arriba en el capítulo veinte y dos del cuarto libro, tratando de donados, no fué tan particular como se requería. Son estos dos hermanos que allí nombré, Lúcas y Sebastian, naturales de la provincia de Michoacan, y eran niños cuando los españoles y religiosos entraron. Y entendiendo sus padres que la gente española comia carne humana, se los quisieron ofrecer y sacrificar; mas los niños, huyendo de la muerte, se escondieron, hasta que manifiesto el engaño, se descubrieron y se dieron á los religiosos, los cuales los criaron en buenas costumbres y les enseñaron de fundamento la fe cristiana. Imprimióse tan bien en ellos esta enseñanza, que salieron en ella señalados y muy hábiles y virtuosos, y ayudaron mucho á la conversion de los otros en esta nueva Iglesia. Su penitencia (aunque es cuasi natural en los indios) era muy voluntaria y gobernada por razon y discrecion, y su habla y conversacion como de muy perfectos religiosos. Predicaron muchos años á sus naturales convertidos y por convertir, y ganaron muchas almas á su Criador. En esta entrada de Cibola acompañaron á pié y descalzos á los religiosos, y los ayudaron mucho en la predicacion del Evangelio. Dieron la vuelta á la Nueva España milagrosamente, porque como la tierra es tan larga, llana y sin camino, no atinaban á volver. Y viéndose perdidos, con gran devocion hicieron una cruz de maderos, y propusieron de traerla consigo á cuestras, trocándose y remudándose á veces hasta llegar á puerto seguro, confiados que con tal compañía no se podrian perder, y así les valió y guió la cruz, que cuando menos se cataron se hallaron en Colhuacan, tierra de cristianos. En este camino, tambien les valió un perro que consigo traian, para su sustento, que les cazaba liebres y conejos de que se mantuvieron todo aquel tiempo. Pasados algunos dias, enfermó Sebastian y acabó santamente el curso de esta vida. Y piadosamente podemos creer que fué á gozar de Dios, y que recibió en la gloria el premio de sus buenas obras. Lúcas perseveró con mucha constancia en la virtud,

Sebastian, indio donado.

Lúcas, indio donado.

por lo cual fué muy estimado de todos, así españoles seglares y religiosos, como indios. Hizo muchas entradas y de mucho fruto y efecto entre la gente infiel, de cuyas manos lo libró el Señor, y al cabo murió de enfermedad, andando en la conquista de los chichimecos de Zacatecas. Era tanta su virtud y tan ejemplar su vida, que se trató entre los religiosos de hacerlo fraile profeso, y en efecto se hiciera, si no fuera por abrir la puerta para que otros indios pidieran tambien el hábito. Del siervo de Dios Fr. Juan de la Cruz no se supo otra cosa mas de que quedó solo en aquel pueblo de Tiguex (como queda dicho) para enseñar á los indios las cosas de nuestra fe y vida cristiana, de que ellos holgaron mucho, y en señal de regocijo lo tomaron en brazos y hicieron otras demostraciones de contento. Entiéndese moriría mártir. Era religioso muy observante y de aprobada vida, y por ello muy respetado de todos; tanto, que el capitán Francisco Vazquez Coronado tenia mandado á sus soldados se destocasen cuando oyesen el nombre de Fr. Juan de la Cruz; grande certinidad de su mucho merecimiento.

Fr. Juan de la Cruz.

#### CAPÍTULO IV.

*De Fr. Bernardo Cossin y Fr. Juan de Tapia, y otros religiosos que fueron martirizados.*

HABIENDO probado con suficiente autoridad de quien no lo podia ignorar, que Fr. Bernardo Cossin no fué el primero que murió á manos de los chichimecos, quise poner á Fr. Juan de Padilla despues de Fr. Juan Calero, y de su guardian en el tercero lugar, porque sucedió su muerte cuasi en un mismo tiempo, y de Fr. Bernardo no he sabido de cierto el año en que murió, ni se tiene al presente otra noticia mas de que era de nacion frances, y religioso celosísimo de la salvacion de las almas, pues deseando convertirlas al conocimiento de su Criador, con ferviente espíritu no dudó de meterse la tierra adentro entre los indios bárbaros llamados chichimecos, hácia la serranía que nombran los españoles la Nueva Vizcaya, adelante de las minas de los Zacatecas, llevando consigo algunos indios amigos y de paz, que le acompañaron. Pasó por aquella serranía con mucho trabajo y peligro, evangelizando el reino de Dios. Sucedió que le encontraron ciertos indios bárbaros infieles, y enarcando sus arcos y tirándole flechazos para matarlo, las flechas se

Fr. Bernardo Cossin.



tornaban á los que las tiraban, de que admirados y confusos se volvieron atras y lo dejaron. Llegó hasta el valle que dicen de Guadiana, donde reparó y se detuvo en el ejercicio que llevaba de la predicacion evangélica. Y entendiendo en esta obra, al cabo de algunos dias lo mataron aquellos ingratos y inhumanos bárbaros, no dando lugar el demonio (por permission divina) para que por entonces saliesen de su poder y captiverio. Aunque despues por discurso de tiempo vinieron muchos de ellos á la confesion de nuestra santa fe y creencia cristiana, recibiendo el bautismo.

El año de mil y quinientos y cincuenta y cinco mataron cruelísimamente los bárbaros chichimecos á dos frailes menores, que como en aquel tiempo (aunque ya yo estaba en esta tierra y sabia la lengua de ella) no advertí en inquirir por sus nombres, en la era de agora (por la injuria de los tiempos) no hay quien los pueda saber, mas de que el uno era sacerdote y viejo, y el otro fraile mancebo.

Fr. Juan de Tapia.

El año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y seis, entró por el valle de Guadiana, adelante de las minas de los Zacatecas, Fr. Juan de Tapia, hijo y profeso de la provincia de la Concepcion (que es la de Valladolid), predicando á los bárbaros naturales de aquella tierra el Evangelio y palabra de Dios. Con cuya gracia y favor bautizó diez mil indios en poco tiempo, y hecha esta memorable obra, volvió á la ciudad de Guadalajara, cabeza de aquel obispado de la Nueva Galicia, al capítulo que entonces allí se celebraba, á dar cuenta y razon á su prelado de lo que dejaba hecho. Trajo consigo muchos indios chichimecos de los recién convertidos, para que viendo por sus ojos el prelado la necesidad que aquella gente tenia de doctrina, movido de compasion le diese licencia para volver entre ellos y proseguir su intento, que era la conversion de las almas. Fuéle concedida la licencia para ello, y volviendo segunda vez á esta su empresa y obra de caridad, en el camino, cuatro leguas de Zacatecas, lo flecharon y mataron unos bárbaros llamados guachichiles, hincado el siervo de Dios de rodillas y con un crucifijo en las manos. Fué Fr. Juan religioso de muy loable vida, observante de su profesion y de grande espíritu y celo de la conversion de los infieles, en la cual se ocupó mucho tiempo, hasta que fué muerto por ellos, ayudándole en tan santa obra el indio Lúcas, uno de los donados de quien arriba se ha hecho mencion. Enteraron á Fr. Juan en el convento de Zacatecas, custodia de esta provincia del Santo Evangelio.

## CAPÍTULO V.

*De Fr. Francisco Lorenzo, de su santo celo y ocupacion en la conversion de los infieles.*

FR. Francisco Lorenzo fué nacido y criado en la ciudad de Granada, de padres nobles segun la carne. Recibió el hábito de religion en la órden del padre S. Francisco, de edad de diez y ocho años. Antes de entrar en ella, dió cuenta de lo que determinaba hacer á sus padres, porque fuese con su beneplácito y bendicion. Hizoselles de mal á los padres el intento de su amado hijo, por no tener otro sino á él solo. Y porque no lo pusiese por obra, ordenaron de casarlo luego, y para ello buscaron una doncella, hija de un noble vecino de aquella ciudad. Tratado el casamiento y concertado á contento de ambas partes, y señalado el dia en que se habia de efectuar, el prudente mancebo disimuló con sus padres (vista la priesa que se daban) hasta llegar al punto del matrimonio. El mismo dia de él, vestido de vestiduras de boda, se fué al monesterio de S. Francisco de la dicha ciudad de Granada, y en él recibió con mucha humildad y devocion el hábito de religion. Pasados algunos años despues que loablemente conversó con los religiosos de aquella provincia, siendo ya sacerdote, con celo de la conversion de los infieles y salvacion de sus almas, pasó á estas partes de la Nueva España, donde padeció inmensos trabajos, discurriendo á pié y descalzo por tierras incultas y calurosas, donde hay infinidad de diversos mosquitos de dia y de noche, muy penosos y nocivos, caminos fragosos, espantosos de ver y dificultosos de pasar, sierras de mucha aspereza, y tan encumbradas, que parecen sustentar los cielos. No descansaba este varon apostólico aun en tiempo de invierno, que oirlo causa admiracion, por los crecidos rios, profundas barrancas y horrendos despeñaderos, que aun los mismos indios se están en este tiempo quedos. Y todas estas dificultades vencia el insaciable deseo que el siervo de Dios tenia de libertar tanta infinidad de ánimas de la opresion del demonio, ofreciendo y poniendo á peligro y notorio riesgo su vida temporal por ganar al prójimo la eterna. Y esto solo por el amor de Cristo, de que andaba inflamado con caridad cristiana. Causaba espanto á los naturales su tolerancia y sufrimiento, que con serles á ellos natural el andar á pié y descalzos por caminos ásperos y pedregosos, cuando el santo

Fr. Francisco Lorenzo.